

## VISITAS DOMICILIARIAS

## CASA DE ALFIERI

Al extremo del puente de la Trinidad, descendiendo por el muelle que conduce al palacio Corsini, entre el casino de la nobleza y la casa habitada por el conde de Saint-Leu, ex-rey de Holanda, señalada con el número 4,277, está la casa donde murió Alfieri.

La habitación del poeta piemontés, estaba en el segundo piso. A mi llegada á Florencia aquella habitación estaba desalquilada; la visité con la doble intención de rendir homenaje á la memoria del Sófocles italiano, como se le llama pomposamente en Florencia, y de alquilarla si me convenia. Desgraciadamente su disposición hacia imposible la realizacion de este último deseo: por mas importancia que me diera haber dormido en la

misma alcoba y trabajado en el mismo gabinete que el autor de *le Polinice* y de la *Conspiracion de los Pazzi*, me era preciso renunciar á este honor.

Hacia fin de 1790, como lo dice el mismo Alfieri en sus memorias, fué cuando vino á habitar la casa en que murió.

« Al fin de este mismo año halló cerca del puente de la Santa Trinidad, una casa sumamente bonita, aunque pequeña, situada en el Longo Arno, al Mediodía; la casa de Gianfigliuzzi, á donde fuimos á instalarnos hácia el mes de noviembre, donde todavia estoy, y donde es probable que muriera yo, si la suerte no me hubiese llevado por otra parte. El aire, la vista, la comodidad de esta casa, me volvieron la mayor parte de mis facultades intelectuales y creadoras, menos las melotrágicas, á las que no me fué posible elevarme (1). »

Alfieri habitaba esta casa con una mujer cuyo recuerdo está todavia hoy tan vivo en Florencia como si no hiciese mas que diez años que hubiese muerto: era la condesa de Albany, viuda de Carlos Estuardo, el último de los principes ingleses caidos del trono. El poeta la habia encontrado en su anterior viage á la capital de la Toscana: tenia él entonces veinte y ocho años: él mismo cuenta el principio de aquel amor que no debia acabar sino con su vida.

« Durante el verano de 1777, que pasó todo entero en Florencia, como he dicho, habia encontrado muchas veces por casualidad á una hermosa y muy amable señora.

(1) Esta cita y las sucesivas, que tomaré de las Memorias de Alfieri, están copiadas de la bella traduccion de Mr. Latoms, hombre de mucho talento, y que con una rara felicidad ha vertido á nuestra lengua las *Ultimas cartas de Santiago Ortis* y las *Prisiones* de Silvio Pellico.

Estrangera de alto rango, no era posible verla sin admirarla; y mas imposible todavía, una vez vista y despues de admirarla, no encontrarla un encanto infinito. La mayor parte de los señores del-pais y todos los estrangeros de calidad, eran recibidos en su casa; pero engolfado en mis estudios y en una melancolia salvaje y fantástica, y atento siempre á alejarme de las mujeres que me parecían mas amables y mas bellas, no quise en mi primer viage ser presentado en su casa. Sin embargo, me habia sucedido frecuentemente encontrarla en los teatros y en el paseo, y me habia quedado en los ojos y al mismo tiempo en el corazon una impresion primera muy agradable. Sus ojos negros y animados con una suave llama, unidos, cosa poco comun, á un cutis blanquísimo, y unos cabellos rubios, daban á su belleza un resplandor del que era difícil no quedar deslumbrado, y al que difícilmente se escapaba uno. Tenia veinte y cinco años, una aficion estremada por las letras y las bellas artes, un carácter de ángel; y á pesar de toda su fortuna, circunstancias penosas y desagradables no le permitían estar tan contenta y ser tan feliz como merecia. Habia alli muchos y muy dulces escollos para que yo me atreviera á desafiarlos.

« Pero durante aquel otoño, obligado por las repetidas instancias de uno de mis amigos á presentarme á ella, y creyéndome en adelante bastante fuerte, me decidí á correr el riesgo, y no tardé mucho tiempo en caer, casi sin apercibirme de ello.

« A pesar de eso, todavía vacilando entre ceder ó no á esta nueva llama; en el mes de diciembre tomé la posta, y fuí ganando horas á Roma: viage insensato y cansado, del que no saqué por todo fruto mas que un soneto que hice una noche en una posada de Baccano, donde me fué imposible cerrar los ojos.

« Ir, estar, volver, fué negocio de doce horas; pasé y volví á pasar por Siena, donde volví á ver á mi amigo Goti, el que no me separó de aquellas nuevas cadenas en las que ya estaba medio aprisionado: así, mi vuelta á Florencia acabó bien pronto de remacharlas para siempre. Los síntomas precursores de aquella cuarta y última fiebre de mi corazon se anunciaba, felizmente para mí, por prodromos bien diferentes de aquellos que habian anunciado el acceso de las tres primeras; en estas no estaba conmovido como en la última, por una pasión de ánimo, que mezclándose á la del corazon, y haciéndole estrangero, formaba, para hablar como poeta; una mezcla inefable y confusa que, con menos ardor é impetuosidad, tenia sin embargo algo de mas profundo, de mayor sentimiento, y de mas duracion. Tal fué la llama que, á datar de esta época, vino insensiblemente á colocarse en la primera de todas mis afecciones, de todos mis pensamientos, y que en adelante no pudo extinguirse sino con mi vida. Habiendo terminado por conocer, al cabo de dos meses, que aquella era la mujer que yo buscaba, puesto que lejos de encontrar en su casa un obstáculo á la gloria literaria, como sucede con las mujeres vulgares, y que el amor que ella me inspiraba me hiciera disgustar de las ocupaciones útiles, y empequeñecer mis pensamientos, encontraba por el contrario en ella un estímulo, una animacion y un ejemplo para todo lo que fuese bueno; aprendí á conocer y apreciar un tesoro tan raro, y desde entonces me dediqué exclusivamente á ella. Y ciertamente no me equivocaba, puesto que despues de diez años en la época que escribo estas niñadas, en lo sucesivo, ¡ay de mí! entrado en la triste edad en que se pierden las ilusiones, me siento cada vez mas inflamado por ella, á medida que el tiempo la va arrebatando aquello que no la constituye real-

mente, la pasagera ventaja de una belleza que tiene que desaparecer. Cada día mi corazon se eleva mas, se dulcifica, se hace mejor por ella; y me atrevo á decir, me atrevo á creer, que mi corazon lo es suyo, y que su corazon apoyándose en el mio, saca de él nueva fuerza.»

Alfieri habitó diez años esta casa, en la que reconoció una influencia grande sobre su salud y su genio, es decir, que entró en ella á la edad de cuarenta y cinco años. Allí fué donde despues de haber leído á Homero y los trágicos griegos, en las traducciones literales, se entregó al estudio de la lengua de Demóstenes, escribió *La segunda Alceste*, concluyó su *Misogallo*, terminó su carrera poética por *La Talentodia*, concibió el argumento de seis comedias á la vez, instituyó la orden de Homero con la que se condecoró por propia mano: cansado, agotado su ingenio, renunció á toda empresa nueva, y mas á propósito, como lo dice él mismo, en adelante, para deshacer que para hacer, salió voluntariamente de la cuarta época de su vida constituyéndose viejo á los cincuenta años, despues de haber empleado veinte y ocho años en inventar, crear, traducir y estudiar.

Las memorias de Alfieri se interrumpen el 4 de mayo de 1803. En esta época su salud estaba completamente destruida. Como en Schiller el alma de Alfieri habia gastado al cuerpo antes de la edad. La gota que padecia en todos los cambios de estacion, le acometió en el mes de abril con mas intensidad que de costumbre, sin duda porque le acometió mucho mas gastada su naturaleza que lo estaba antes. Entonces, como habia un año que Alfieri sentia su digestion cada vez mas difícil, se le figuró que debilitarla su mal reduciendo la pequeña cantidad de alimento que tomaba, y que por otra parte su estómago mas libre por la inaccion á que le

condenaba, le dejaria mas libre su espíritu. El resultado de este régimen, al cual debió Byron tambien, segun todas las probabilidades, su muerte segura, fué bien pronto visible en Alfieri: ya demacrado de un modo alarmante, se debilitó mas y mas cada día. Entonces la condesa de Albany probó á usar de su influencia para decidir al enfermo á renunciar á esta dieta fatal; pero por la primera vez sus súplicas no tuvieron influencia. Al mismo tiempo, como si Alfieri hubiese sentido venir la muerte trabajó sin descanso en sus comedias: despues, en los momentos que no componia ó no ejecutaba, leia, volvia á leer sin cesar, á fin de dar á la febril avidez de su imaginacion un alimento de que privaba á su estómago. De este modo, demacrándose siempre y reduciendo sin cesar la porcion de alimentos que se permitia, llegó al 3 de Octubre del mismo año.

Aquel día Alfieri se habia levantado mas alegre que la vispera, mas temprano que de costumbre. Hacia las once, despues de sus acostumbrados estudios de mañana, salió en silla de mano para ir á pasear á las Caschinas. Pero apenas llegó al puente de la Caraja, cuando se sintió acometido de un frio tan grande, que quiso, para entrar en calor, apearse y andar á pie á orilla del Arno. Apenas dió diez pasos le acometieron violentos dolores en sus entrañas. Volvió á su casa al punto y apenas, entró, fué presa de un acceso de calentura que duró algunas horas, y cesó hacia la noche, subsistiendo sin embargo, durante toda ella, una continua y pertinaz tendencia al vómito.

Sin embargo, como los dolores de entrañas se habian calmado hacia media noche, Alfieri se vistió, y á las dos horas bajó para ponerse á la mesa. Pero esta vez, ni aun intentó comer: la tarde y parte de la noche se pasó en una somnolencia continua, y sin embargo, para

UNIVERSIDAD DE LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

durante la noche pudo dormir dos horas; tan agitado estuvo.

El 5 por la mañana se afeitó él mismo, se vistió casi sin el auxilio de su ayuda de cámara, y quiso salir para tomar el aire. Pero en cuanto llegó al umbral de la puerta, la lluvia que comenzaba á caer y amenazaba aumentar, no se lo permitió. Volvió pues á subir, trató de trabajar, no lo pudo conseguir, y pasó el día en un estado de impaciencia que le era muy comun, pero que en otras circunstancias no le hubiese alarmado; pero que esta vez alarmó violentamente á la condesa de Albany. Sin embargo, á la noche aquella situacion se calmó un poco: sorbió el chocolate y le encontró bueno; pero tres horas despues de haber vuelto á la cama, fué atacado de nuevo por los dolores de entrañas mas vivos todavía y mas intensos que los primeros. El médico llamado entonces por la primera vez, mandó se le pusieran sinapismos á los piés. Despues de largas contestaciones, el enfermo consintió en dejárselos poner; pero apenas comenzaron á obrar, cuando temiendo que le causasen llagas y que estas le impidiesen andar, Alfieri se desembarazó de ellos sin decir nada, y los puso en una esquina de la cama, aunque habian obrado poco, sin embargo, su aplicacion habia sido favorable, y hácia la noche, hallándose mejor el enfermo, se levantó á pesar de algunas observaciones que le hicieron, pretestando que no podía soportar la cama.

En la mañana del 8, como el estado del enfermo presentaba síntomas mas y mas alarmantes, el médico de cabecera de Alfieri, hizo llamar á uno de sus compañeros. Este último aprobó el tratamiento seguido, reprendió el haberse quitado los sinapismos antes de tiempo, como lo indicaban las poquisimas señales que habian dejado, y mandó cantáridas en las piernas. Pero

si Alfieri se habia rebelado contra el primer remedio, fué mucho mas rebelde contra el segundo. Declaró que nadie en el mundo le decidiria á emplearle, é invitó á sus dos médicos á que no se ocupasen de ninguna otra cosa que de calmar sus dolores de entrañas: entonces le prepararon una pocion en la que entraba una fuerte-dosis de ópio.

Esta pocion le calmó al instante; pero habiendo insistido el enfermo en su mania de no acostarse, y estando tendido sobre una silla larga cerca de la condesa Albany, que se habia constituido su enfermera, poco á poco, el reposo momentáneo que era debido á aquel activo narcótico degeneró en alucinacion: entonces su cara pálida se coloreó, sus ojos se abrieron fijos y febriles, su voz se hizo ronca y balbuciente, y en una especie de delirio, vió pasar delante de sus ojos, vivos y como si acabasen de pasar, los acontecimientos mas olvidados de su infancia y de su juventud. Centenares de versos de Hesiodo, que sin embargo, no habia leído mas que una vez, se vinieron á su memoria con tal claridad, que recitaba periodos enteros que habia retenido, él mismo no sabia como. Este estado de exaltacion duró hasta las seis de la mañana.

A esta hora, y vencida por sus súplicas, la condesa Albany consintió en descansar únicamente algunos instantes. Apenas habia salido de su cuarto, cuando Alfieri se aprovechó de su ausencia para tomar una pocion que habia pedido á sus médicos, y que sus médicos le habian rehusado: era una mezela de aceite y magnesia. En el mismo instante se sintió peor; á sus dolores de entrañas habia sucedido un adormecimiento pesado y frio que semejaba á una parálisis. El enfermo luchó durante algun tiempo contra su primer sintoma de la muerte, andando por la alcoba, hablando alto, intentando la

reaccion de la inteligencia sobre la materia. Pero en fin, sintiéndose cada vez mas malo, llamó, y su criado al entrar le halló sentado y desfallecido en un sillón próximo al cordón de la campanilla. Llamó al momento á la condesa de Albany, y envió á buscar al médico.

Acudió al punto la condesa de Albany. Encontró á Alfieri respirando con mucha dificultad, y medio ahogado. Le dijo entonces que probara á echarse; se levantó él al punto tambaleando, y tendiéndole la mano marchó hácia su cama, y se dejó caer en ella arrojando un suspiro; bien pronto se oscureció su vista, y sus ojos se cerraron. La condesa que de rodillas cerca de él, tenia una de sus manos entre las suyas, sintió una débil presion; despues oyó un suspiro casi ininteligible y prolongado: era el último aliento del poeta: Alfieri habia muerto!...

En el momento en que los franceses invadieron la Toscana, Alfieri, exajerado como siempre, habia resuelto aguardarlos como en otros tiempos los senadores romanos esperaron á los galos en sus sillas curules, no dudando que la muerte debia ser el precio de su valor. Habia hecho entonces su epitafio y el de la condesa Albany. Hé aqui los dos:

## EPITAFIO DE ALFIERI

Aqui reposa en fin  
Victor Alfieri de Artá,  
ardiente adorador de las Nusas,  
esclavo solo de la verdad,  
por consecuencia odioso á los déspotas:  
que mandan, y á los infames que obedecen:  
desconocido á la  
multitud,

## LA VILLA PALMIERI

atendido á que jamás desempeñó  
empleo alguno  
público.

Amó á pocas personas, pero eran las mejores.  
No fué despreciado  
de nadie, si no es acaso de sí mismo.  
Vivió... años... meses... dias..  
Murió el dia... del mes..  
El año del Señor 18...

## EPITAFIO DE LA CONDESA DE ALBANY

Aqui reposa  
Aloyse de Holberg,  
condesa de Albany,  
muy ilustre  
por su nacimiento, por su belleza, y por su candor.  
Durante el espacio  
de... años,  
querida sobre todas las cosas por Alfieri  
cerca del que  
está allí sepultada en la misma tumba (1),  
Constantemente fué honrada por él  
cual una divinidad mortal.  
Vivió... años... meses... dias..  
Nació en las montañas del Henaut.  
Murió el dia... mes..  
del año del Señor 18...

(1) Asi es como deberá ponerse, si, como lo creo y espero, muero yo el primero; si Dios ordena que sea de otro modo, se substituirá á ese renglon el siguiente:

QUE SERÁ BIEN PRONTO SEPULTADO EN LA MISMA TUMBA.

Ninguno de estos dos epitafios ha recibido su destino, como lo verán nuestros lectores cuando les conduzcamos á la iglesia de Santa-Croce.

## CASAS DE BENVENUTO CELLINI.

Escribimos casas en plural, por que hay en Florencia dos casas que conservan el recuerdo del ilustre cincelador. La casa donde nació, y donde recibió de su padre y de su madre, que esperaban el nacimiento de una niña el sobrenombre de reconocimiento, de *Benvenuto*, y la que tenia debida á la munificencia de Cosme, y donde hizo la famosa estatua de Perséo.

La primera estaba en la calle *Chiara del Popolo di San Lorenzo*.

La segunda estaba en la calle de la *Pergola*. Inscripciones grabadas en una lápida de mármol señalan las dos á la curiosidad de los viageros.

En la primera es donde pasó su juventud : donde encerró en su mano un alacran que por un milagro no le picó; donde su padre vió en el fuego una salamandra, se la enseñó, y para que se acordase de esta maravilla, le dió tan fuerte bofeton, que la seguridad de que aquel bofeton era una precaucion contra el olvido, no le pudo consolar, de modo que para contener sus lágrimas, fué preciso, no solo que su padre le diese un beso en cada mejilla, sino que todavia le pusiese un escudo ante cada ojo. En esta casa, en fin, donde pasó su juventud, era auxiliado de cuando en cuando por el gonfalonier Soderini, que casi hizo cegar Miguel Angel, y del que Maquiavelo inmortalizará la estupidez en su epitafio : estudió el arte de platero en casa del padre de Bandinelli y en el taller de Mercione, hasta que un dia armó una disputa entre la puerta del Prado y la puerta Pitti, recogió la espada de su hermano derribado en el suelo de una

pedrada, y dió estocadas tan lindamente, que el Consejo de los Ocho le invitó á ir á pasar seis meses lejos de Florencia. Entonces comenzó la vida aventurera de Cellini.

Abandona aquella casa paterna que no volverá á ver sino muy de tarde en tarde y donde se parará muy poco ; va á Siena, donde trabaja bajo la direccion de Francisco Gastera ; á Bolonia, donde trabaja con el maestro Hércules del Giffero ; á Pisa, donde trabaja con Ulvieri de la Chiostra. resiste ir á Inglaterra con Torrigiani, porque de un puñetazo Torrigiani ha aplastado las narices de Miguel Angel ; entra en casa de Francisco Salemberri, donde hace una hebilla de cinturón ; marcha á Roma con el grabador Tano ; construye en el taller de Firenzola, de Lombardia, un magnífico salero ; vuelve á Florencia y se hace condenar á una multa por una nueva pendencia ; sale de Florencia disfrazado de monge, y vuelve á Roma ; entra en casa de Lucagnolo de Jesi, hace candeleros para el obispo de Salamanca, y una flor de lis de diamantes para la Chigi ; aprende á tocar la corneta y se hace músico de la córte pontificia ; trabaja para el papa Clemente VII y para varios cardenales ; hace la medalla de Leda para el gonfaloniero de Roma Gabriele Ceserino ; dos jarrones para Jacobo Berengario ; es nombrado bombardero del castillo de San-Angelo ; se imagina que ha dado muerte de un arcabuzazo al condestable de Borbon ; funde el oro en el que se montan las joyas del papa ; con una mano aviva sus hornillos, dispara con la otra sus falconetes ; de una de sus balas es herido mortalmente el principe de Orange ; vuelve á Florencia hecho capitán ; va á Mántua y trabaja con Nicolás de Milan ; construye para el duque un relicario y para el cardenal un sello ; vuelve á Florencia con la lebre y encuentra á su padre muerto ; llámale otra vez

á Roma Clemente VII, que ha pagado su rescate vendiendo ocho capelos de cardenal; hace las medallas del Ecce-Homo y de San-Pedro en la mar; ve morir entre sus brazos á su hermano, herido en una pendencia, manda poner un epitafio en latin al sepulcro, mata al asesino, se salva en casa del duque Alejandro, que vive entre la plaza Nueva y la Rotonda, sale libre por un capricho del papa, que le hace su macero; se enamora de Angélica, siciliana; se entrega á la magia; arroja un puñado de lodo á la cara de Ser Benedetto, se olvida quitar del lodo un guijarro que se halla en él por casualidad y que le hace caer al suelo desmayado; cree haberle muerto, se salva en Nápoles, es bien acogido por el virey, sabe que Ser Benedetto no ha muerto, vuelve á Roma cerca del cardenal Hippólito de Médicis; presenta al papa la medalla de la Paz; recibe la comision de hacer la de Moisés; mata al platero Pompeo de dos puñaladas; es defendido por los cardenales Cornaro y Médicis; obtiene del papa Paulo III un salvo-conducto; atormentado por Pedro Luis Farnesio, se desembaraza de un miserable que le sujeta y huye á Florencia; parte para Venecia con el Tribolo; arma pendencia en Ferrara con los desterrados florentinos; visita el Sansovino; vuelve á partir para Florencia, donde graba la moneda del duque Alejandro; disputa con Octaviano de Médicis; vuelve á Roma, prometiendo al duque Alejandro hacerle una medalla, es indultado por el papa por la muerte de Pompeo; cae enfermo y es asistido por Francisco Furconi; está tan malo, que la noticia de su muerte se esparce; se cura bebiendo agua; vuelve otra vez á Florencia, se queja con el duque Alejandro á propósito de Vasari; marcha á Roma; es calumniado ante el papa por Latino Maletti; abandona de nuevo á Roma; resuelve ir á Francia; en Pádua comienza una medalla para el

Bembo; atraviesa los Grisonos, llega á Paris, y es recibido por Francisco I; va con la córte á Lyon, y cae malo; marcha á Italia, es bien acogido por el duque de Ferrara; llega á Roma, es reclamado al papa por Mr. de Montluc á nombre del rey de Francia; es acusado por Gerónimo Perugino de haber distraido en provecho suyo una parte de las joyas que le entregó Clemente VII para desmontarlas; es encerrado en el castillo de San-Angelo; intenta evadirse con sus sábanas, cae de lo alto de un bastion, se rompe una pierna, y es llevado á la casa del senador Cornaro, que le hace cuidar; reclámale el papa, y Cellini es trasportado á un cuarto del Vaticano, de donde se le traslada de noche á Torre di Novo; se cree condenado á muerte, lee la Biblia, intenta suicidarse, es detenido por un brazo invisible, tiene una vision, escribe un madrigal, dibuja sobre la pared, y es puesto en libertad á instancias del cardenal de Este.

Parte despues para Francia; sostiene en Monte-Rossi un asalto contra sus enemigos que le aguardaban para asesinarle; sale de la escaramuza sano y salvo; visita al pasar por Viterbo á sus primas que son religiosas; arma disputa en Siena con un maestro de postas y le mata; se detiene un instante en Florencia en aquella casa de la calle Chiara del Popolo, donde ha nacido él y donde su padre ha muerto. Atraviesa por Ferrara, donde hace al paso una medalla para el duque Hércules. Pasa el monte Genis, llega á Lyon, llega á Paris, marcha con la córte á Fontainebleau, rechaza con indignacion los trescientos escudos anuales que le ofrecen. Huye furioso, decidido á ir en peregrinacion á Jerusalem, y recobrado su buen humor al cabo de diez leguas, vuelve á la córte donde su pension se fija en setecientos escudos. Recibe comision de Francisco I de hacerle doce estátuas de plata de tres codos de altura cada una; abre taller y recibe la

visita del rey; hace el modelo en grande de su Júpiter y recibe cartas de naturalización del rey, que le da el castillo de Nesle. Reclama en vano el dinero necesario para su estatua de Juno; recibe una segunda visita del rey, que le encarga trabajos para Fontainebleau. Presenta al rey dos modelos de puerta y un modelo de ventana; cae en la enemistad de Mad. de Etampes por no habérselos enseñado. Es acusado de sodomia. Sabe que el Primate le ha cogido los trabajos de su fundición, que Mad. de Etampes ha propuesto al rey hacerle prender; se justifica ante Francisco I; intimida al Primate, que le vuelve sus planos. Recibe una tercera visita del rey, que encantado de su Júpiter, manda que se le entreguen siete mil escudos de oro, de los que no recibe si no mil, atendidas las necesidades de la guerra. Es consultado por el rey sobre las fortificaciones de Paris. Queda sin recursos para continuar sus trabajos á causa de la guerra; obtiene por el intermedio del cardenal de Este el permiso de volver á Italia. Llega á Florencia, donde encuentra á su hermana en la miseria; hace una visita al gran duque Cosme, que le encarga el Perseo. Halla una casa que le conviene para ejecutar esta obra, y la pide al gran duque, que se la concede. Esta es la casa de la Pergola.

« La casa é posta in via Lauro, in nel canto delle quattro case, é confina col orto di Nocenti, et é oggi di Luigi Ruccelai di Roma. L'assunto in Fiorenze é ha Lionardo Ginori. In prima era di Girolamo Salvadori. Io priego V. E. che cia contenta di mettermi in opera. Il divoto servitore de V. E. — *Benvenuto Cellini* (1). »

(1) « La casa situada en la via Lauro, en la esquina de las cuatro casas, confinando con el huerto de Nocenti, es hoy de la pertenencia de Luigi Ruccelai, de Roma. La administracion la

Debajo de estas palabras está el decreto siguiente, escrito de la mano misma del duque :

« Veggasi qa : á chi stá á venderla, é il prezzo che ne demandano ; perche vogliamo compiacer ne Benvenuto (1). »

Pasemos por alto las mil aventuras que le suceden todavía, las acusaciones que le persiguen, su fuga y su viage á Venecia, y sus altercados con Bandinelli, para llegar por último á la fundición de Perseo, acontecimiento principal de este periodo de su vida, y que nos va á contar él mismo.

Todas las desgracias vienen á asaltarle y á amenazar el nacimiento de esta estatua, tanto tiempo hacia puesta en problema por sus rivales. El fuego encendido en la casa ha tomado un incremento tan violento, que hay momentos en que se teme que se hunda el techo del taller. El tiempo está borrascoso, y ha llovido tanto y hace tal viento, que cuesta gran trabajo mantener el fuego del hornillo. Por fin el molde está acabado, el metal en fusion, no hay mas que hacer sino pasar el bronce de la caldera al molde, cuando el pobre Benvenuto se siente acometido de tan gran fiebre, que se ve obligado á dejar bajo la direccion de sus obreros aquella parte de la obra de que dependia su honor, y no pudiendo ya tenerse sobre sus piernas, se decide á irse á la cama.

tiene en Florencia Lionardo Ginori. Antes era de Girolamo Salvadori. Suplico á V. E. se digne disponer lo conveniente para empezar mi obra. El adicto servidor de V. E.

BENVENUTO CELLINI. »

(1) « Averigüese quién está encargado de venderla, y fi precio que por ella pide, porque queremos complacer en esto Benvenuto. »



« Entonces, dice, triste y atormentado me volví hacia los que me rodeaban, que eran diez ó doce, tanto maestros fundidores como oficiales y obreros que trabajaban en mi taller; y dirigiéndome á un cierto Bernardino Manellini de Mugello, que era de estos últimos y que estaba en mi casa hacia muchos años, despues de haberme recomendado á todos, le dije particularmente :

— « Querido Bernardino, sigue puntualmente las órdenes que te he dado, y está lo mas listo que puedas, porque el metal no debe tardar en estar en punto. No puedes equivocarte; esos bravos harán el canal, y estoy seguro que no separándoos de mis instrucciones se llenará el molde perfectamente. Yo estoy mas enfermo que lo he estado nunca desde que nací, y palabra de honor, temo que antes de muchas horas no estaré en este mundo.

« Y habiendo hablado así, los dejé muy tristes y me fui á acostar.

« Apenas estuve en la cama, mandé á mis criados llevasen al taller de beber y de comer para todo el mundo, y les dije :

— « ¡ Ay, ay ! mañana ya no viviré.

« Ellos, sin embargo, procurando volverme mi ánimo, me respondian que aquel gran mal me habia provenido por el trabajo excesivo, y que pasaría con un poco de reposo.

« Dos horas pasaron, durante las cuales quise luchar en vano contra la enfermedad, y durante las que la fiebre, en lugar de disminuir aumentaba cada vez mas, y en esas dos horas no cesé de repetir que me sentia morir. En este tiempo, mi sirvienta en jefe, la que gobernaba toda la casa, y que se llamaba Maria Fiore de Castel-Río, la mujer mas animosa y de mejor corazon que jamás ha habido, no cesó de decirme que estaba

loco, que aquello se me pasaria : me cuidaba con esmero, y consolándome, no podia encerrar en su animoso corazon la cantidad de lágrimas que le ahogaban, y que á su pesar corrian de sus ojos ; tanto que cuando creía que yo no la veía lloraba abundantemente. Era, pues, yo preso de estas tribulaciones, cuando vi entrar en mi alcoba un hombre pequeño, torcido como una S mayúscula, que retorciéndose los brazos comenzó á exclamar con una voz tan lamentable como las de las gentes que anuncian á los condenados su última hora :

— « ¡ Oh, Benvenuto ! ¡ pobre Benvenuto ! ¡ todo vuestro trabajo está perdido, y ya no hay para tí remedio en el mundo !

« A estas palabras de aquel desgraciado, que me conmovieron hasta el fondo de las entrañas, arrojé un grito tan terrible que se debió oír en el cielo ; y saltando de mi cama cogí mis vestidos y me puse á vestir distribuyendo á derecha y á izquierda á mis criados, á mis criadas y á todos los que estaban al alcance de mi mano una lluvia de puntapiés y puñetazos, lamentándome al mismo tiempo y exclamando :

— « ¡ Ah ! traidores ! ¡ Ah ! envidiosos ! Es una traición no hecha á mi solo sino al arte ; pero por el cielo juro que yo conoceré quien me la ha hecho y que antes de morir probaré que soy capaz de tal venganza que se horrorizará el mundo de ella.

« En medio de esta agitacion acabé de aviarme, y lanzándome hácia mi taller, donde todos aquellos que habia yo dejado tan alegres y animados estaban al presente espantados y como embrutecidos :

— « Escuchad, les dije con una voz de trueno, escuchad ; y puesto que no habeis sabido obedecerme cuando yo no estaba aquí, obedecedme ahora que estoy aquí para dirigir mi obra, y que ninguno hable, porque en

este momento tengo necesidad de ayuda y no de consejo.

« A estas palabras un tal Alejandro Lastucati, maestro, quiso responderme y me dijo :

— « Bien veis, Benvenuto, que pretendéis llevar á cabo una empresa que es contra todas las reglas del arte.

« Apenas había pronunciado estas palabras cuando me volví hácia él con tanto furor y con un aire que indicaba que las cosas iban á pasar mal, que todos exclamaron á una voz :

— « Ea, vamos, vamos, ánimo, mandad y os obedeceremos todos mientras nos quede un soplo de vida.

« Creo ¡Dios me perdone! que me dijeron aquellas animosas palabras temiendo por mi palidez que iba á caer muerto. Pero no importa, veo que puedo contar con ellos, y sin perder tiempo corro á mi hornillo, y veo que el metal está todo coagulado, y como se dice en términos de fundición, hecho una torta.

• Mandé á dos aprendices fuesen al momento á casa de un carnicero llamado Capreta, para que trajeran de allí un monton de leña de encina, seca ya hacia mas de un año, y que su mujer Ginebra me había ofrecido muchas veces. A medida que traian los haces de leña, yo los echaba en el hornillo: y como esta clase de encina hace un fuego mas fuerte que las demas leñas (ordinariamente se usa madera de álamo ó de pino para fundir las piezas de artillería, que no tienen necesidad de tanto calor) sucedió que la pasta comenzó á sentir este fuego infernal, empezó á fundirse y arrojar llamas. Hice al instante preparar los conductos, envié algunos de mis hombres á vigilar para que el techo estropeado por el fuego no nos jugase alguna mala pasada, y como había hecho colocar lienzos y tapices delante de la ventana del

jardin, me encontré por este lado resguardado del viento y del agua. De manera que viendo que había previsto todo, y que todo iba bien, exclamaba con voz fuerte :

— « Haced esto, haced aquello : id allí, venid aquí.

• Y toda aquella gente, viendo que la torta se fundía, je lo que estaban maravillados, me obedecian á competencia, y cada uno hacia el trabajo de tres. Entonces hice tomar un medio pan de estaño que pesaba cerca de sesenta libras, y le eché en medio del hornillo sobre la pasta, la cual con la ayuda de la madera que le calentaba por debajo, y los instrumentos de hierro con los que le avivábamos por encima, se liquidó por fin en pocos instantes.

« Despues, viendo que contra lo que esperaban todos los ignorantes, había yo, por decirlo así, resucitado á un muerto, adquirí tanto ánimo y vigor, que me parecía no tener ya ni fiebre ni temor á la muerte. De repente se oyó una detonacion, y pasó delante de nuestros ojos una luz parecida á una flecha de llamas; y esto con tal ruido y tal resplandor, que todos se quedaron estupefactos, y yo mismo acaso mas estupefacto y mas espantado que los demás. Pasado aquel fracaso, y estinguida la claridad, nos miramos unos á otros preguntándonos con la vista que queria decir aquello, cuando observamos que la tapa del horno acababa de romperse, y se estaba saliendo el bronce : mandé al punto que se abriese la boca del molde, mientras que al mismo tiempo hacia golpear sobre los tapones del horno. Entonces, viendo que el metal no corria con la rapidez acostumbrada, atribuí su lentitud á que el terrible fuego con el cual se había obligado á fundirse había consumido toda la liga. Hice al punto coger todos mis platos, todas mis escudillas y todos mis jarros de estaño, y mientras que

echaba una parte de ellos en los conductos, hacia arrojar el resto en el horno: de manera que, viendo que gracias á esta adición el bronce se había liquidado perfectamente y que el molde se llenaba, todos mis bravos, llenos de ánimo y de alegría, me ayudaban y obedecían á porfía: en tanto que yo, tan pronto aquí, tan pronto allá, ayudaba por mi parte mandando y diciendo al mandar:

— « ¡Oh Dios mio! Señor! A tí que por tu inmenso poder resucitastes de entre los muertos y subistes gloriosamente al cielo!

« De manera que en un instante mi molde se llenó y viéndole lleno caí de rodillas, y despues de haber dado gracias al Señor con toda mi alma me volví á levantar, y viendo un plato de ensalada que estaba sobre un banco viejo, me arrojé sobre él y le comí en compañía de todos mis obreros, que comían y bebían al mismo tiempo que yo. En seguida de lo que, porque era dos horas antes del día, me fui á la cama sano y salvo, donde reposé tan tranquilamente como si jamás hubiera tenido la menor indisposición.

« Durante este tiempo mi buena criada, sin decirme nada, se había provisto de un magnífico capon que había hecho cocer. De suerte que cuando me levanté vino alegremente delante de mí diciendo:

— « ¡Ah! hé aqui, pues, el hombre que debía morir esta mañana! Yo creo que aquella descarga de puntapiés y puñetazos que nos habeis dado la noche pasada, cuando estábais tan terriblemente encolerizado, habrá espantado la fiebre que habrá huido por temor de llevar su parte.

« Así es que toda mi pobre casa, vuelta en sí poco á poco del terror que había tenido, y del gran trabajo que había pasado, se tranquilizó viéndome fuera de peligro

y de temor, y corrió alegremente á buscar para reemplazar la vajilla de estaño que había yo arrojado al horno, platos de loza en los cuales empleé con mas gusto el dinero que lo he hecho en toda mi vida.

« Despues de comer, todos los que me habían ayudado vinieron á verme á su vez, felicitándose alegremente y dando gracias á Dios por el modo como las cosas habían pasado, diciendo que yo les había hecho ver una maravilla que todos los demas maestros hubieran mirado como imposible. Entonces metí la mano en el bolsillo y pagué á todos.

« Despues de dejar durante dos días enfriar el bronce en el molde, comencé á descubrirle poco á poco, y la primera cosa que me encontré fué la cabeza de Medusa, que, gracias á los respiraderos que había yo establecido para dar paso al aire, estaba perfectamente: al punto continué descubriendo lo demás y hallé la otra cabeza, es decir, la de Perseo, que por su parte estaba maravillosamente acabada, lo que me causó tanta mas admiración y alegría, cuanto que, como se sabe, está mas baja que la otra: y como la abertura del molde estaba justamente sobre la cabeza de Perseo, yo calculaba que acabada esta cabeza lo estaría todo el bronce: de suerte que no había allí ni mas ni menos sino la medida exacta y necesaria. Entonces me convencí de, que era una cosa verdaderamente milagrosa y de la que me mostré muy reconocido á Dios. Pasé adelante y continué descubriendo mi estatua, y á medida que la descubría encontraba cada porción admirablemente concluida, hasta que, por fin, llegué al pie derecho que descansa en tierra y vi que el talon estaba tan concluido como todo lo demas: circunstancia que me causó á la vez alegría y pesar, porque había dicho al duque que era imposible que el bronce se colase hasta el fondo del molde, de manera que yo

crei por un momento que el éxito venia á desmentirme.

« Pero continuando mi exhumacion, hallé que segun mi prevision los dedos no estaban acabados, y que les faltaba en su parte superior cerca de la mitad. Por mas pesar que debiese causarme este accidente estaba muy contento de él, porque debia probar al duque si yo sabia ó no mi oficio. Por lo demás, si el metal habia corrido mas adelante de lo que yo creia que pudiese hacerlo, esto tenia una esplicacion muy sencilla, puesto que era debido á que habia hecho yo calentar el bronce mas que de costumbre, y á la cantidad de estaño que le habia mezclado, cosa que á los otros maestros no se les habia ocurrido jamás.

« Asi, viendo mi obra tan bien acabada, marché al momento á Pisa á ver al duque, donde él y la duquesa me hicieron una acogida tan amable como es posible : y aunque el mayordomo les habia ya referido el suceso con todos sus detalles, no fué eso bastante para ellos, y quisieron oírme contar de viva voz. Obedeci al punto ; pero cuando hube llegado á los pies de Perseo y anuncié á S. E. que, como habia yo dicho debia suceder, el metal no habia llenado completamente el molde, el gran duque se asombró de mi prevision y la volvió á repetir á la gran duquesa en los propios términos de que yo me habia servido para prevenirle á él mismo. Viendo entonces á mis dueños y señores tan bien dispuestos con respecto á mí, rogué al gran duque me diese permiso para ir á Roma, permiso que me concedió graciosamente ; pero recomendándome al mismo tiempo que volviese pronto para concluir su Perseo : además me dió cartas para su embajador, que lo era en esta época Averard Servintori. »

En esta misma casa fué donde Benvenuto Cellini falleció el 13 de febrero de 1571 y fué enterrado en la iglesia

de la Annunziata, como lo prueba la nota siguiente que he sacado de los archivos de la Academia de Bellas Artes.

« 15 de febrero de 1571. »

« *Funerales hechos al señor Benvenuto Cellini, escultor.* »

« Hoy día de la fecha, fué enterrado el maestro Benvenuto Cellini, escultor, y por su orden se hizo la inhumacion en nuestra colegiata de la Annunziata con una gran pompa fúnebre, á la que concurrió toda la Academia y toda la compañía de Bellas Artes. Se fué á su casa, se colocaron todos como de costumbre, y despues que desfilaron los monges, tomaron cuatro académicos el ataud, que se llevó á la Annunziata con las fórmulas de costumbre : allí las ceremonias del culto divino verificadas, entró un hermano que la vispera del entierro habia recibido la mision de pronunciar la oracion fúnebre en alabanza debida al maestro Benvenuto, oracion que fué muy del gusto de todos los que habian acompañado al cadáver, no solo para cumplir con él los últimos deberes, sino tambien con la esperanza de oír su elogio. Y todo se hizo con gran aparato de velas y de lámparas, tanto en la iglesia como en la sala capitular. Voy á hacer la cuenta de las velas que se han dado á la Academia. Desde luego los cónsules recibieron cada uno una vela de á libra : los consejeros, los secretarios y los camarlingos cada uno una vela de ocho onzas : el proveedor una de una libra : en fin, á todos los demás, en número de cincuenta, cada uno una vela de cuatro onzas. »

¡Quién creeria que despues de tan brillantes funerales,

tan escrupulosamente registrados, la compañía de las Bellas Artes hubiese olvidado una cosa; y es poner el nombre de Benvenuto Cellini sobre su tumba! Lo cual hace que, gracias á este olvido, nadie en toda Florencia puede señalar con el dedo el lugar donde fué enterrado el autor de Perseo.

## CASA DE AMÉRICO VESPUCIO.

La casa que habitó Américo Vespucio hacia parte del convento de los Hospitalarios de San Juan de Dios. Esta inscripción grabada en su fachada perpetúa la memoria del dichoso rival de Colon:

Americo Vespuccio, patricio florentino,  
 Ob repertam Americam  
 Sui et patriæ nominis illustratori.  
 Amplificatori orbis terrarum  
 In hac olim Vespuccio domo  
 A tanto domino habitata  
 Padres Sancti Johannis á Deo cultores,  
 Grate memoriæ causa  
 P. C.  
 A. S. Cic. io. C. CXIX.

Los antiguos habian adivinado la existencia de la América. Séneca en su *Medea* profetiza su descubrimiento de la manera mas clara y mas precisa:

Venien annis sæcula seris,  
 Quibus Oceanus vincula rerum  
 Laxet, et ingens pateat Tellus,  
 Tethysque novos delegat orbes,  
 Nec sic terris última Thule.

(*Medea, act. II.*)

Dante habla de él en el Purgatorio:

E' mi volsi á man destra é possi mente  
 All'altro polo, é vidi quattro stelle  
 Non viste mai fuor dalla prima gente.  
 Goder pareva il ciel di flor flamele  
 O settentrional vedovo sito  
 Poiche privato se di mirar quelle.

Américo Vespucio nació el 9 de marzo de 1451: estudió las letras con su tío paterno Jorge Antonio Vespucci, que mas tarde se hizo monge dominicano y habitó el convento de San Márcos al mismo tiempo que Savonarola. A la edad de seis años entró, segun la costumbre florentina, y segun era particularmente costumbre en su familia, que se habia enriquecido así, en el comercio marítimo.

Américo Vespucio navegó desde los diez y siete años y se adquirió cierta reputacion de habilidad y audacia, sobre todo en España, país con el cual sus relaciones comerciales le ponian en relacion, cuando llegó á Europa la noticia de que el 12 de octubre de 1492, el genovés Cristóbal Colon habia descubierto un nuevo mundo.

Esta noticia redobló el ardor aventurero de Américo Vespucio: se fué á ver á Fernando é Isabel, protectores de su antecesor, y obtuvo de ellos que le diesen un navío.

El 10 de mayo de 1497, es decir, cinco años despues del descubrimiento de las islas de la Tortuga y de Santo Domingo, Américo Vespucio partió de Cádiz para las islas Fortunatas, y dirigiendo su proa hácia el Occidente, al cabo de treinta y siete días de travesía descubrió una tierra desconocida: era el gran continente al que debía dar su nombre.